APN17_0027_01

Enrique Obregón Valverde.

San José, Costa Rica, febrero 10-2002.

Estimado Francisco:

En primer lugar mis disculpas por el trato familiar, pero es que nos habíamos conocido en Madrid en 1982, cuando fui Embajador en España y te visité en dos ocasiones. Luego, con motivo de la visita del Presidente de mi país a España, volví a visitarte con un grupo de periodistas que lo acompañaban.

Ahora ocupo tu atención enviándote este librito que recoge artículos que publiqué en un periódico costarricense, hace 27 años. Además te adjunto los siguientes documentos:

1- Texto del discurso que dije el día en que se presentó el libro indicado;
2- Pequeño ensayo sobre Cela, publicado en un periódico local, y
3- Ensayo sobre Umbral que aparecerá próximamente en una revista cultural de una universidad costarricense y que, como todas las revistas de esta clase, se publican con cuatro meses de retraso.

Dentro de un mes aparecerá otro libro que he escrito sobre la democracia y que también te haré llegar.

Con un saludo afectuoso,

Miguel

P.D. Olvidaba decirte que un periodista amigo mío, quien también te conoce porque estuvo conmigo visitándote en la ocasión que comento, ha escrito un interesante libro sobre MACEO, con motivo de la permanencia de éste en Costa Rica. Y, entre las interesantes cosas que cuenta están varias anécdotas de Rubén Darío, también cuando estuvo en nuestro país. Como tú estás escribiendo alguna biografía-novela de Darío, también te lo haré llegar porque puede interesarte.

APN 17-0027-02

RAÍCES Y ALAS

Palabras dichas por Enrique Obregón Valverde en la sede del Partido Liberación Nacional el día 21 de setiembre del 2000, con motivo de la presentación del libro "SEMBLANZAS, DIRIGENTES HISTÓRICOS DEL PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL".

Este pequeño librito que entrego hoy a ustedes, aquí, en la sede del Partido Liberación Nacional, contiene un esfuerzo mínimo por recuperar valores y fundamentos del partido de mayor trayectoria histórica que ha tenido nuestro país a lo largo de toda su vida democrática. Aunque sea de manera sumamente reducida, trato de resaltar –con el objeto de que se tengan presentes– categorías ideológicas y cualidades morales de un grupo de costarricenses que representan con toda propiedad a los principales dirigentes históricos de este partido.

También me permito acompañar un folleto, a manera de manifiesto personal, que es protesta, pero, al mismo tiempo, llamo la atención por una democracia que ha venido a menos, entre otros factores, por el visible descuido que ha tenido nuestro partido en los últimos años, apartándose de los principios y objetivos de la socialdemocracia.

–oOo–

Es posible que cada sociedad perfila un tipo determinado de ciudadano, algo así como una personalidad previamente fabricada. Al nacer, a todos nos han hecho. La obligación del ciudadano consciente es volverse a construir; sacar del tipo que le dieron, un ser humano distinto, pensante y preocupado, que rechaza gran parte de lo que circula a su alrededor. Es decir, alguien que estorba en la sociedad. Alguien que estorba como un candelabro impar, tal y como era don Ramón del Valle Inclán, según la acertada afirmación del escritor español Francisco Umbral.

APFN17-0027-03

Hay que aprender a estorbar, a no permitir que el ultraje económico, educativo, cultural, de unos pocos sobre muchos, termine por apreciarse como algo natural, hasta el extremo de que consideremos moral, religiosamente aceptable, la permanencia de sociedades de pocos ricos y de muchos pobres; de unos cuantos millonarios y de masas populares en la miseria.

El partido político socialdemócrata tiene esa obligación básica: colaborar en la transformación del ciudadano pasivo y conforme con su realidad, convirtiéndolo en un ser humano pensante, con capacidad de protestar permanentemente por el marcado desequilibrio económico y social de nuestra todavía democracia en formación. Un ciudadano que conquiste libertades y consolide derechos diariamente. Un ciudadano que entienda muy bien que elige a sus representantes para transformar la sociedad y no para mantenerla en su estado actual. Un ciudadano que reclama pertenecer a un partido político, solidario en sus luchas, y con voluntad para crear ilusiones y esperanzas. Un partido político con capacidad para producir permanentemente sus propios dirigentes naturales, que son aquellos que representan la esencia de una agrupación política que nació para afianzar grados mayores de democracia sin permitir la corrupción ideológica y moral.

Cuando apreciamos que el partido socialdemócrata deja de luchar por sus objetivos primarios empleando procedimientos inaceptables y, al mismo tiempo, notamos que no hay una protesta popular por estas desviaciones, entonces tenemos que darnos por enterados de que algo muy malo nos está sucediendo. Con el silencio estamos otorgando, estamos permitiendo el asalto a la hacienda pública y el olvido de unos principios que para todos nosotros deben ser sagrados.

Ahora resulta que intelectuales, periodistas y políticos manifiestan que la globalización es un movimiento irreversible y que hay que aceptarlo tal y como se presenta,

porque, entre otras cosas, es beneficioso para la humanidad. Esto es falso, es mentira. La globalización es un fenómeno contrario a la historia, impuesto por los pocos que en el mundo quieren hacerse dueños de todas las riquezas y de todos los servicios. No existe, ni ha existido jamás, un acontecimiento social y político que sea irreversible. Siempre, los explotadores de pueblos, compran tiquete de ida y vuelta. Mientras tanto hay que protestar, hay que luchar, se debe encontrar la forma de defendernos de un ataque feroz contra todo lo que hemos sido y contra todo lo que siempre hemos deseado ser. ¿Que somos muy débiles y los otros sumamente fuertes? Nada hay que temer. Siempre hay una forma de levantar el brazo nervudo y pujante, como señala la patriótica costarricense. Y cuando ya no nos quede más que el simple gesto, pues con él nos expresaremos. Desde el fondo de su alma desesperada, gritaba Julio César Sandino que, cuando ya no tuvieran armas, combatirían al ejército norteamericano a escupitazos y a sombrerazos. Algo parecido gritó en el Congreso de los Estados Unidos José Figueres: como no se puede escupir a una política, se escupe a quien la representa. En ocasiones, el gesto viril es más poderoso que el disparo de un fusil.

Pasamos por una época conflictiva y de grandes dudas acerca de lo que debemos hacer y de cómo debemos actuar. Y frente a tales dudas, algunos consideran que efectivamente han muerto las ideologías, que desapareció la historia, y que solamente existe un dios: el dinero, y unos ídolos: los que lo representan, y un tipo de ciudadano: aquel a quien se ha programado solamente para consumir. Nos han cambiado nuestros sueños de libertades por la pesadilla de las cosas. El esfuerzo de hoy, de todos los hombres que piensan, está en la necesidad de recuperar horizontes, que es lo que nos enseñaron todos los grandes que construyeron esta República. Ni el hombre más poderoso del mundo en este momento, el que tiene capacidad para mover su ratoncito de la computadora y manipular las finanzas mundiales y ganar, en un día, mil millones de dólares, tiene capacidad para arrancar, del corazón de un ciudadano bien plantado, en cualquier

APFJ17-0027-05

parte del mundo, su vocación de libertad y el conocimiento que tiene de ser titular de todos los derechos.

Cuando alguien nos pregunta: ¿qué podemos hacer?, debemos responderle: volver nuestros ojos al pueblo, a la única fuente de inspiración que tenemos y debemos tener. Allí están las ideologías y las verdades totales. En el pueblo y en sus necesidades. Quien aprende a mirar hacia abajo, pero sabiendo que existe la luz, no se pierde jamás.

¿Qué debemos hacer? Algo sumamente simple pero que casi todos han olvidado: gobernar para el pueblo. Es decir, volver a levantar las banderas de los derechos, la solidaridad y la fraternidad. ¿Somos socialdemócratas? ¿Decimos que somos socialdemócratas? Pues a luchar por los derechos de los campesinos, de los trabajadores de este país. Y si alguien nos dice que esto no se puede hacer en este nuevo mundo que nos han globalizado, gritémosle: ¡A la globalización, un pueblo en pie, se la apea de un sombrerazo, y si es el pueblo costarricense, de un chonetazo!

Ahora se habla mucho de nuevas constituciones y de viejas corrupciones. Es decir, de derecho y de moral. Como la filosofía, la política y la moral nos vienen de Grecia, quizá sea oportuno citar pensamientos de dos hombres de esa Grecia de la antigüedad: del sabio Solón, con su consejo político impreso en su constitución de Atenas: "Es necesaria la búsqueda del equilibrio entre las aspiraciones máximas de un pueblo y las posibilidades máximas de una época, porque el poder político debe ser proporcional al servicio público". Y del consejo moral que nos dejó Plenides, político casi desconocido, quien sentenció: "Un hombre debe hacer más de lo que la ley le pide que haga y menos de lo que la ley le permite que haga".

APFN7-0027-06

Si los hombres de nuestras actuales sociedades aprendieran a buscar ese necesario equilibrio que pedía Solón y ajustáramos nuestro comportamiento al consejo moral de Plenides, estaríamos ya en camino de consolidar una vida democrática plena.

También ahora nos hablan de consensos. Si a don Ricardo Jiménez le hubieran dicho que el consenso es patriotismo, hubiera contestado: ¿Es que usted me está ofendiendo? El consenso, la solicitud de que debemos consentir en todo, deriva de la globalización y de todos aquellos que quieren imponer un pensamiento único. Ningún intelectual que se precie de tal aceptaría jamás la posibilidad de llegar a consensos. Cuando todos los grupos políticos de una sociedad coinciden totalmente con las políticas básicas del gobierno, solamente lo podemos comprender si estamos en presencia de una dictadura feroz o de una idiotez colectiva.

Decía un historiador que en Inglaterra, cuando la guerra de Crimea, Lord Aberdeen logró formar un gobierno en el cual estaban representados todos los grupos políticos, y agregaba: que a pesar de la crisis general por la que se estaba pasando, en ese gobierno jamás pudo darse consenso alguno porque estaba integrado por personas cultas e inteligentes.

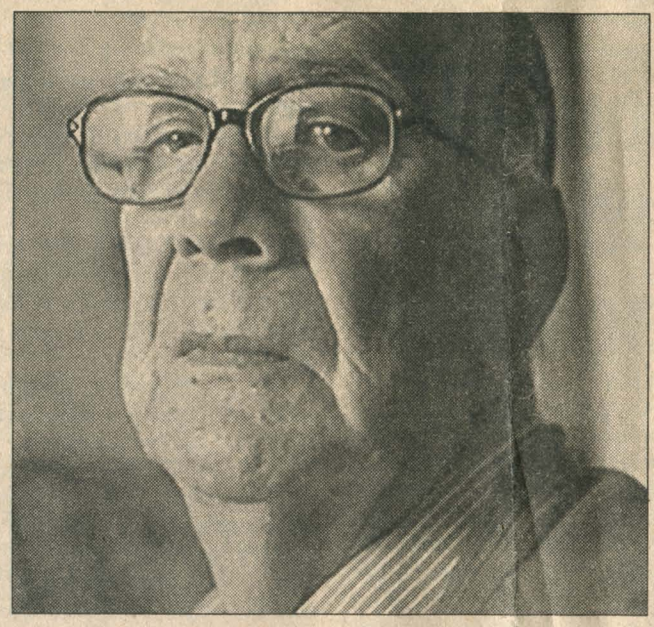
Lo mismo pensaba Maimónides cuando itnrodujo en el Talmud un principio básico de respeto a la inteligencia: "cuando se dicte una sentencia que condene a muerte y el fallo se da por consenso, ese fallo es nulo y debe dictarse otro en el cual haya, al menos, un voto razonado dispar". Ya Maimónides pensaba, en el siglo XII, que ni la fe debe aceptarse sin un fundamento de razón. Principio al cual han vuelto hoy algunos sectores de la Iglesia Católica, pero exponiéndolo al revés, no que la fe debe tener un sustento de razón, sino que la razón ha de tener una base de fe. Parece lo mismo, pero no lo es.

APN17-0027-07

El único consenso que se admite en una democracia es aquel por el cual estamos todos de acuerdo en que los asuntos públicos se resuelven por el parecer de las mayorías.

Finalmente deseo enfatizar que un partido político como el nuestro ha de tener conciencia de que la lucha debemos librarla en los siguientes dos extremos: hacia el pasado, para encontrar y afianzar nuestros orígenes, nuestra razón de ser libre y democrática; y en el futuro, dejando herencias para los jóvenes, para los niños, para los que aún no han nacido. Si tuviéramos esa preocupación, estaríamos forjando, otra vez, una patria que pueda ser respetada en el concierto de las naciones.

Por eso, por todo esto, si alguien nos pregunta: ¿qué debemos dejar a los niños?, entonces, con el poeta, podríamos contestar orgullosamente: heredaremos raíces profundas y alas muy fuertes para que puedan volar lejos.



Cela: un gallego universal

De Enrique Obregón Valverde

En 1947 yo no había leído nada de Camilo José Cela. Fue Ronald Odio quien me habló de "La familia de Pascual Duarte" por los corredores de la Escuela de Derecho. -Es un gran escritor, el mejor de España-, me comentó.

Días después, en la antigua Librería Atenea, compré esta obra y su lectura me causó gran impacto. Fue cuando descubrí a Cela y a su mundo mágico de palabras y formas.

Desde temprana edad me acostumbré a leer literatura, no tanto por lo que los autores dicen como por la forma de decir. Es la forma lo que ejerce para mi una atracción especial. Por eso leía hace muchos años a Quevedo, por eso leo ahora a Umbral y a Cela. Por la forma, por esa particular manera de poner a decir a las palabras lo que antes nadie había descubierto que decían, porque "las palabras son el reflejo de la vida, la sombra, la silueta de la vida".

"Debajo de cada palabra -dice Cela- duerme una idea su sueño". Por eso el gran escritor -y por sola esa razón es que lo es- se convierte en descubridor de los grandes sueños de las palabras. Y el escritor, al encontrar esas ideas que esconden las palabras, descubre, al mismo tiempo, un nuevo idioma, una manera distinta de expresión. Por eso, la literatura es forma convertida en idea y transformada finalmente en sueño.

Mal hablado....

Durante su entierro, en su Iria Flavia, un periodista interrogó a una señora: ¿ Qué le parece a usted don Camilo José Cela ?. Y contestó la señora: Por aquí se le quería mucho, pero era un señor muy mal hablado. Y a un campesino, muy gallego en su expresión, al preguntarle, manifestó: Fue el hombre más grande de España, vamos, el más grande del mundo.

Efectivamente, Cela fue ambas cosas, uno de los pocos grandes de las letras y de los muchos mal hablados de España. Porque Cela, eso sí, al pan, pan y al culo, culo.

Recordé ahora, con el fallecimiento de Cela, el primero de los encuentros que tuve con él en España. En 1983 me encontraba en Oviedo para la entrega de los premios Príncipe de Asturias. En el hotel en donde me hospedaba también estaba don Camilo. En la esquina de una gran sala, conversaba Cela con Francisco Fernández Ordóñez, entonces Presidente del Banco Exterior de España. Con Francisco había tenido alguna relación de amistad por mis frecuentes visitas al Banco para tratar de la adecuación de pagos de la deuda de Costa Rica y porque coincidíamos en objetivos y procedimientos del socialismo democrático. Me acerqué a saludar a Francisco pero con la intención de conocer personalmente a Cela.

Durante la conversación, le pregunté a Fernández Ordóñez sobre la ley del divorcio que él había propuesto cuando fue diputado a las Cortes. Sí -me contestó- fue una dura pelea que al final ganamos contra ese NO, rotundo, secular y clerical que en España siempre existió para el divorcio. Pero yo -continúo comentando Francisco-, en cuanto a mi se refiere, no soy partidario del divorcio. Yo creo en el matrimonio de por vida.

Calzoncillos largos

-Bueno, intercedió don Camilo, Francisco no quiere decir, porque le da un poquitín de vergüenza, que él sí cree en la institución permanente del matrimonio católico. Pero yo, agregó, no me divorcio por otra razón que les voy a comentar. Pero primero quiero decir que es una gran tontería suscribir un contrato de por vida. El matrimonio debería ser a plazo fijo, como el inquilinato.... y los hijos, para su madre, como es ley entre todos los mamíferos. Pero mire, yo no me divorcio por asunto de propias intimidades. Resulta que soy el único español que usa todavía calzoncillos largos y anchos, porque no me gustan las opresiones de entrepiernas, y en Madrid solamente hay una tienda que vende todavía esos calzoncillos y eso es secreto que solamente mi mujer conoce. Si yo me casara otra vez, previo uso de la ley de divorcio de Francisco, en la noche de luna de miel -casado con una joven guapa y hermosa, porque no me iría a casar con una vieja tan vieja como yo- y en el descanso del primer round, tendría que llamar por teléfono a mi ex mujer y decirle: Oye, Rosario, ¿tú me harías el favor de decirle a Lolita -que está aquí conmigo como puedes suponer- en cual tienda venden los calzoncillos largos?. Y por este trance, ridículo y vergonzoso, no pasaré jamás. Sólo por esa razón no me divorciaré jamás.

Pero don Camilo, siete años después, se divorció para casarse con una encantadora joven, cuarenta y cinco años menor que él.

Sentido a la novela

Pero ahora sólo quiero referirme a "Madera de boj", la última novela de Cela. Confieso que, a pesar de estar un poco familiarizado con su forma de escribir, después de haber leído las primeras ciento cincuenta páginas de este libro, me detuve porque me di cuenta de que no había entendido absolutamente nada. Ese prescindir de todo tipo de puntuación y de terminar una narración iniciando otra completamente distinta, sin relación la una con la otra, es como cosa de locos. Entonces volví a comenzar, esta vez, despaciosamente, y fue cuando encontré el sentido de la novela -si es que consideramos esta obra como novela porque, posiblemente, no lo sea-, el gusto por descubrir el habla popular de Galicia marinera.

Al final, entendí, que toda esta gran obra era un canto a su Galicia natal, a los cientos de pueblos marineros, a las esposas que despiden a sus maridos, a la orilla del mar, pensando que el bravo Cantábrico podría tragárselos para siempre. Un canto a las costumbres, dichos y creencias pueblerinas; a la fe en un espíritu superior y al temor a las meigas, diablos y maldiciones. Un canto a esa Galicia en "donde las meigas pueden dar mucha guerra a los santos si se alían con el demonio". Un canto a ese lugar, "en el saludable borde del mundo, en la precisa frontera que separa lo que es de lo que va siendo poco a poco....en ese lugar en donde no se cree más que en los milagros permitidos por Dios".

La sabiduría de Cela

Pero "Madera de boj"es también el libro que recoge la sabiduría de Camilo José Cela y que como muestra entresaco las siguientes sentencias que redondean este brevísimo comentario:

- La mar no se paró nunca desde que Dios inventó el tiempo hace ya todos los años del mundo. Dios inventó el mundo al mismo tiempo que el tiempo, el mundo no existía antes del tiempo.
- Tampoco merece la pena probar lo que ya se conoce.
- Lo malo es ver venir la muerte, miembro a miembro, molécula a molécula, porque de repente se da uno cuenta de que ya no puede uno cargar con el peso de su propio cadáver.
- La inteligencia acarrea soledad, la independencia también, casi todo acarrea soledad, la suerte y la desgracia, la enfermedad y la salud.
- El justo se levanta cada vez que cae pero el vil se revuelca en la infamia y jamás acierta a ponerse de pie.
- Los difuntos respetan mucho los usos tradicionales y no suelen ser partidarios de innovaciones y otras licencias.
- El alma vive en paz en cuerpo sano.
- Lo que pasa es que Dios es muy callado y no suele decir las cosas a los hombres.
- Con los tontos ni a misa.
- Los tres pilares de España son los cristianos guerreando, los moros cultivando la tierra y los judíos comerciando.
- No sobra nunca ser prudente.
- Hay apodos que se baten en retirada.
- El calendario no recula nunca.
- A la voluntad hay que arrimarle otros merecimientos.
- La paz y el disimulo que son virtudes civiles.
- Hay que evitar que la desgracia llegue a convertirse en una mala costumbre.
- La vida y la muerte no se presentan nunca demasiado acordes.
- Hay ocasiones en que la desgracia parece como avergonzarse y entonces se esconde.
- La dicha no se puede contemplar con ojos ajenos.
- Procura mirar con avaricia tanto la vida como la muerte y así te será más llevadero el sufrimiento.
- La mesura alumbra más que una antorcha.
- La felicidad es un privilegio que no se puede comprar ni vender.
- La resignación, ese remedio de la desgracia del pobre.
- El demonio no sabe nadar pero ahoga.
- Con los muertos ya no rige la fidelidad.
- A los muertos les pasa como a las olas del mar que son todas diferentes y todas respetables.
- Más vale repetir las cosas que olvidarlas.
- La riqueza llama a la riqueza y hace plácido y provechoso el sueño del rico.
- Los poetas pobres no tienen mas que imaginación.
- Conviene vivir escudados siempre contra la maledicencia.
- La esperanza es el viático del pobre y del derrotado.
- La fe no obliga más que al creyente.
- Conviene ser cauto con las suposiciones.
- No es saludable para el alma perseguir la soledad.
- No basta ahorrar toda la vida para tener un buen entierro y una plaza de preferencia a la diestra del Padre.
- Cuando no sirves para nada la familia te arrumba.
- Todos nos vamos dejando la piel por el camino.
- La historia es siempre de los muertos.
- Justo y benéfico, a mi me parece que éste debiera ser el estado natural del hombre.
- Dios protege aún más las inocencias que las sabidurías.
- La preocupación por el orden es enfermiza.
- Cada cual tiene sus principios y sus servidumbres.
- Por guardar silencio nadie acabó en garrote.
- Las virtudes no suelen perderse sino abandonarse.
- Se agradece más desde la desgracia que desde la fortuna.
- Lo malo de la tristeza es que ahuyenta el deseo de abandonarla.
- El viento, el miedo y la vida pasan.
- El tiempo es el espía del hombre.
- No hay dos miserias ni dos miserables iguales.
- La miseria no mata pero llena el alma de cicatrices.
- La virtud es más monótona que la verdad pero no es más saludable.
- El dinero separa siempre a las familias.
- El criminal no es el que degüella sino el que afila el cuchillo.
- En el alma del pecador puede dormir el huevo del gorrión del santo.
- El oro es más caro que la virtud pero el virtuoso no lo ama porque le tiene miedo.
- En la cabeza del obediente germina a veces y sin avisar el huevecillo de la araña de la venganza.
- Lo malo de algunos senderos es que no tienen marcha atrás.
- No es digno eso de que lo entierren a uno en el extranjero y rodeado de muertos a los que no se les entiende.
- La cobardía se puede disfrazar con el ropaje de la crueldad.
- El crimen no es una vocación sino una circunstancia.
- La batalla contra la soledad está tan perdida como la batalla contra la muerte
- A las viudas les gusta estrangular el recuerdo.
- Nadie sabe que va a morir ni siquiera cuando se muere.
- Nadie conoce el dolor de nadie ni los malos pensamientos de nadie.
- Es fácil convertir a un hombre corriente en criminal, basta con ponerle un arma en la mano y convencerle de que Dios está con él y él con los serenos designios de Dios.
- Dios perdona al que roba comida.
- El mundo nació al mismo tiempo que el tiempo pero el mundo envejece y el tiempo no.
- La gran barricada de la honra es la discreción.
- Hasta para pecar hay que saber guardar las distancias y mantener las formas.
- La pobreza puede arruinar la virtud.
- Yo vi a un puritano que ahorcó a su gato un lunes por haber matado una rata el domingo.
- La prudencia nunca sobra.
- El calendario puede ser muy fingidor pero no perdona a nadie.
- La miseria y la caridad luchan con las mismas armas en todo el mundo.

APN 12-0027-08

APFN17_0027_09

UMBRAL Y SUS PANTALONES VAQUEROS

Enrique Obregón Valverde

Hace unos pocos meses fui a una pequeña librería de los alrededores de San José a buscar el libro de Francisco Umbral sobre don Ramón del Valle Inclán.

–¿Qué tienen de Francisco Umbral? –pregunté.

–Ah, sí, de Paco Umbral, me contestó un joven de unos veinticuatro años. Me llevó a un rincón y me mostró tres libros de Umbral. No tenían el que buscaba, pero me quedé pensando en la exclamación del muchacho quien, como un viejo madrileño de pura cepa, sabía que a Umbral se le conocía más como Paco que como Francisco.

–¿Y tú lees a Umbral?, le pregunté.

–Sí, claro –respondió– trato de leer, a escondidas, todo lo que de él llega por aquí. Es un gigante de las letras castellanas.

–¿Y tú cómo sabes que es un gigante?

–Bueno, aparte de que a mí me gusta, es lo que he leído por ahí que dicen de él.

–Y usted, señor –me preguntó el joven–, ¿por qué lo lee?

APJ17_0027-10

–Pues por eso, porque es un gigante. Y, además, el gigante cuatro por cuatro de nuestra literatura.

–¿Y qué quiere decir eso de cuatro por cuatro?

–Es una expresión del escritor Víctor Hurtado, que dice que "es el cuatro por cuatro de la gran literatura, un escritor sin freno en una vertiginosa aventura de libros y metáforas".

Y yo agregaría, sin frenos y cuesta abajo.

Me marché de la librería con el "Diario de un Snob" y por el camino iba pensando que demasiado terreno tiene que haber recorrido un escritor para que un joven, de una pequeña librería pueblerina, de un país muy lejos de España, sepa quién es. Y además, que pueda valorarlo. Son los pequeños grandes homenajes que los escritores van recibiendo, a lo largo del tiempo, y que son juicios que pueden valer más que los que publican los especialistas en literatura.

Aquí, en Costa Rica, hay un campesino, ya un poco entrado en años, que no tiene títulos universitarios, solamente un diploma de agrimensor, pero que, por una de esas rarezas de la vida, se ha especializado en "El Quijote". Así como suena. Es un especialista y, además de fama internacional. No ha escritos libros sobre "El Quijote" ni sobre Cervantes, pero dice que posiblemente ha leído todo lo que se ha escrito de ese gran libro. Y ha hecho algunas observaciones que merecen respeto. De España se le invita, con todo los expertos, a encuentros y seminarios. Hizo la ruta del Quijote, señalando lugares y senderos que otros no sabían o habían olvidado. ¿Qué más podría

APFN17_0027_11

querer Cervantes que, varios siglos después, un campesino americano lo leyera, lo estudiara y comprendiera de manera tan minuciosa? ¿Qué más podría desear Umbral que un joven centroamericano expresara casi familiarmente: "¡Ah sí, Paco Umbral!?".

Los lectores descubrimos a los escritores. Generalmente, el buen lector no se deja llevar por opiniones ajenas. Es más, se habla de un escritor, cuando en todas las librerías se exhiben cientos de libros suyos, cuando los comentaristas superficiales de los diarios no encuentran ya ditirambo que agregar a las alabanzas de ese nuevo monstruo de la literatura; el buen lector, entonces, como que da un paso atrás, se resiste a comprar o a leer sus libros. Algunos, porque pensamos, con Camilo J. Cela, que ya estamos un poco viejos para perder el tiempo comenzando a descubrir valores cuando todavía hay tantos libros clásicos que no hemos leído. Otros, porque no confían en el mercadeo, esas leyes de la libre empresa que no pueden tener aplicación a la expresión del pensamiento y a la belleza de la expresión.

Hace ya bastantes años, tal vez demasiados, me refería, en una columnita que escribía en el periódico "Excelsior", a los del "boom" literario de la siguiente manera:

> "Ahora, en nuestros diarios, se vuelve a hablar del 'boom', es decir, de los escritores de gran éxito, no precisamente literario, sino de venta. Porque son cosas bien distintas.
>
> "Pertenecer al 'boom' es tener el raro privilegio de publicar una novela y vender todos los ejemplares inmediatamente. Y volver a editar y volver a vender.

APRJ7_0027-12

"Entonces, a los del 'boom', les sucede algo verdaderamente decepcionante, que todas las damas superficiales de la sociedad y los señoritingos aburguesaditos, hablan de sus novelas. Las discuten en sus diarias reuniones de copas y pastelillos, de seminarios y demás farsas.

"Y todos, damas y señoritingos, declaran públicamente que esas novelas son magníficas, maravillosas, excepcionales. Y maldito, para siempre, quien solamente haya leído a Pérez Galdós, Balzac o Proust, y no sepa nada de 'El Otoño del Patriarca', que apenas está llegando a nuestras librerías caliente, nuevecito, recién salido de una editorial catalana.

"En contraste, Agustín Yánez acaba de publicar 'Las Vueltas del Tiempo', de la cual Julián Marías nos dice lo siguiente: 'Temo que no sea un libro muy famoso: es demasiado bueno para ello, y sobre todo demasiado libro; quiero decir que se trata de literatura y no de otro producto. Los verdaderos libros no gozan de gran favor en estos años; el presente es para otras cosas... Esta novela está escrita con profunda destreza literatura, pero sin trucos; quiero decir, que es una novela y no un número de circo'.

Todo tiempo ha tenido su 'boom'. El 'boom' es la triquiñuela literaria, la mentira de la época. Novela de multitudes, folletín a la vuelta del tiempo".

Yo descubrí a Proust tardíamente, cuando estudiaba en Madrid, en 1953. No sabía de su existencia. En Espasa Calpe me encontré con esa búsqueda del tiempo perdido, y como siempre anduve medio perdido, pues ahí me sumergí. Desde entonces quedé atrapado. Y no volví a andar por los senderos de Swan por temor a una opinión distinta, a otra espiritualidad. Lo mismo me pasó con Camús, varios años después. "El Extranjero", ese pequeño librito, fue una sorpresa y un sacudión que me estremecieron el corazón y la mente y de lo cual pienso que todavía no me he repuesto.

APRJ17-0027-13

Cosa parecida me sucedió con Francisco Umbral, pero por otro camino. Amante yo de la prensa y los periódicos, allí, en la columna diaria de "El País", me encontré con el "Spleen de Madrid". Cada día era una grata sorpresa. Entonces, lo primero que hacía, al marchar al trabajo, era comprar el periódico en el puesto de la esquina, precisamente al bajar al Metro que conducía a La Moncloa. En el trayecto desde luego, leía la sorpresiva columna de Paco Umbral. Entonces, sin conocerlo, yo también le decía Paco. Porque así lo citaban algunos amigos cuando yo comentaba su artículo: "¡Paco Umbral, joder, qué escritor!".

Hay novelistas que sólo son eso, novelistas; pero hay novelistas que son, además, columnistas de prensa; pero en esto hay grados. Hay buenos novelistas que son, asimismo, malos columnistas; pero también sucede lo contrario. Hay quienes llegan a la novela por la prensa y hay quienes llegan a la prensa como consecuencia de sus novelas.

Pero también pienso que publicar artículos en la prensa ha sido inquietud de intelectuales en general, y no solamente de literatos; lo que sucede es que pocos pueden hacerlo con brillantez. Y es que este específico comentario de prensa tiene su particularidad y su técnica que no todos logran dominar. Hay una tácita exigencia en él, que obliga a la síntesis pero sin sacrificar la idea que se expone ni la sutil suavidad de la forma que da personalidad al buen articulista.

Leopoldo Alas, "Clarín", cómo el se firmaba, escribió "La Regenta", que algunos críticos la consideran como la mejor novela española del siglo XIX,

APFU17_0027_14

pero ha pasado a la historia como articulista, y es posible, el mejor de su época. Criterio éste que, pienso, no comparte Umbral, quien, por otra parte, afirma que el artículo de prensa templa el músculo del escritor de verdad.

Los grandes periódicos europeos escogen a sus articulistas, porque el buen escritor de prensa da prestigio y personalidad al periódico. Los verdaderos periódicos –y digo verdaderos, porque en esto, como con los políticos, como con los escritores– hay periódicos de verdad y periódicos de mentirijillas. Periódicos que son y periódicos que no son. Un periódico no es una página escrita que sale con regularidad. Es algo más, mucho más que eso. El ciudadano que pronuncia discursos y pertenece a un partido, por esa razón, no es necesariamente un político; y el hombre que escribe novelas no siempre es un escritor, porque solamente ha podido, en ocasiones, dar perfil de "un pobre hombre que escribe novelas", es decir, de algo cercano a la idiotez.

El novelista de verdad y el buen articulista de prensa, han de tener una razón motivadora que les obligue, que les impulse a escribir. Pensando en los escritores de verdad, Cela afirmaba que "no se escribe más que lo que se siente o imagina uno sentir". Es decir, lo que se lleva muy adentro y que sale naturalmente al buen escritor cuando ha firmado un pacto con la sinceridad. Y es allí, cabalmente, en esa unión del sentimiento con la veracidad, en donde el escritor encuentra el estilo propio que le da su rasgo de personalidad. Al escritor, por el estilo. En "El Secreto Profesional", afirma Cocteau que "la forma debe ser la forma del espíritu. No la manera de decir las cosas sino la manera de pensarlas". El estilo es esa manera particular de pensar que responde a una

APFU17_0027_15

determinada forma espiritual. Y aquí es donde el escritor nos atrapa. Umbral me atrapó en la espiritualidad formal de su "spleen". Si solamente esas columnas le hubiera leído, si no hubiera sabido nada de algunos otros libros suyos –y digo algunos porque no voy a cometer la barbaridad de decir que he leído su pirámide centenar de obras–, en todo caso hubiera manifestado que me sentía atrapado por esa forma de redactar una columna de periódico que describe un suceso, una canción popular o una esquina de Madrid con una clara objetividad, en ocasiones rasgando convencionalismos, pero siempre revestida de esa sutil y delicada espiritualidad. Y desde luego, aunque no le hubiera leído un solo libro, sólo por aquella columna diaria de periódico, terminaría diciendo, como mi amigo madrileño: "¡Paco Umbral, joder, qué gran escritor!".

Hoy, no puedo leer su columna diaria de "El Mundo", como quisiera. Y eso, lo confieso, me causa un vacío que no llena ninguno de sus otros libros que ocasionalmente leo. Claro, que podría traer esos artículos a mi biblioteca a través de la Internet. Pero soy un viejo que no sé nada de computadoras y todavía escribo con mi antigua máquina Underwood que compré hace cincuenta años y que usaba para levantar mamotretos que escribía en defensa de clientes en época en que todavía andaba presumiendo de abogado.

A mí me gusta un escritor cuando me reconozco en lo que escribe, es decir, cuando siento que eso es lo que yo podría escribir si fuera escritor. Por eso me gusta Umbral, porque me reconozco en él, sobre todo, en su diaria columna de prensa. Pero el columnista que apasiona y que te atrapa no es un intelectual

APFU17-0027-16

que traslada al papel del periódico lo que acaba de leer en un libro o el conocimiento que tenga de una situación política o social determinada. El columnista es, ante todo, un escritor que traslada la calle a la prensa o, dicho con palabras de Paco Umbral, "es la flecha rápida que se dispara al aire. Para conseguir un buen artículo hay que quemar un ensayo, un soneto y una noticia... El descubrimiento del artículo fue vital para uno, como forma de vida, como forma de lucha, como arma de trabajo, como instrumento de guerra, como explosión lírica, siempre entre el estilismo y el terrorismo, que es como debe moverse el artículo".

"La prosa, dice Umbral, es el pulso de un país", pero sobre todo, la prosa del diario articulista, porque éste es el médico que llega siempre, con su estetoscopio y su aparatito de tomar la tensión, para diagnosticar la salud social. Es más difícil, y tiene mérito mayor, escribir un buen artículo que una novela. Como Thornton Wilder, el dramaturgo norteamericano con sus obras, el articulista debe escribir un artículo que siempre tuvo ganas de leer, para que el lector de periódicos que lo lea sienta que ése es un artículo que siempre tuvo deseos de escribir.

Wilder decía: "Escribo para descubrir un libro que me gustaría leer y ver una obra teatral que me parezca interesante". Es decir, escribir un libro, una obra de teatro, un artículo de periódico que nos gustaría que alguien hubiese escrito y que todavía no hemos podido leer. Una obra maestra, de nosotros mismos, sincera, apasionada, sin ningún interés extraño a lo que somos y deseamos ser.

APFN17_0027_17

Y es que allí, en la simpleza de una confesión como esa, reflejada está la imagen viva del verdadero y auténtico escritor. Un desmedido interés por querer leer lo que somos. Lo que hemos llegado a ser. Y el grado de fortaleza que tenemos para oponernos a las presiones de la sociedad en la cual vivimos. Wilder supo mantener en alto su condición de hombre que buscó la oportunidad para escribir un libro que siempre tuvo ansias de leer.

Lo mismo pienso de Umbral que escribe, como esa bestia de carga de la literatura que manifiesta ser, como ese eterno lector, pero pensando que su artículo, que su novela, que su crítica literaria sin piedad alguna, es lo que siempre le hubiera gustado leer. Sin piedad alguna sí, como cuando se refiere a Pérez Galdós –ese santo de la novela histórica española como tantos lo han considerado siempre– al clasificarlo como

> "el cadáver, ni siquiera exquisito, que hay que enterrar, porque con su obra ingente, memoriosa y vulgar, está apuntalando la realidad convencional y burguesa, la idea burguesa y utilitaria de la realidad. Galdós, pues, es el gran estorbo del 98 y del Modernismo. Galdós, cuando se pone estilista, dice que Tristana tenía 'una boquirrita'... y es cuando arrojamos el libro".

En literatura, las artes o la política, el que sobresale necesariamente cosecha enemistades. Hay como una proporción directa entre el triunfo y la malquerencia. El político que sobresale, el pintor que encuentra una distinta expresión, en forma y color, o el escritor que de repente pareciera que descubrió un nuevo idioma, cosechará, de manera natural, la sonrisa

APN17_0027_18

rencorosa de quienes no pueden estar a sus niveles. Y esta clase de enemistades se agranda, se multiplica, cuando el literato, el artista o el político usan su manera de expresarse con ironía, con extrema sinceridad o con habilidades fuera de lo común.

Algo, o mucho, de todo esto le ha sucedido a Francisco Umbral. Desde hace años tenía que estar ocupando un sillón en la Real Academia Española, y no está allí, por enemistades literarias, por cierto bien ganadas. Pero es posible también que se le haya negado ese alto sitial por reserva de algunos académicos que pueden pensar, con justa razón, que el señor Umbral podría llegar al acto de posesión con chaqueta a cuadros y pantalón vaquero, como el dandi "ajipeado" que en ocasiones parece ser. Claro, que el pantalón vaquero de Umbral no le quitará lustre ni esplendor a la Academia, pero, mientras lo use, algunos pensará que sí. La verdad es que Umbral, con vaqueros o sin ellos, es un señor de las letras, maestro de las palabras, quizá como no hay otro en el mundo hispano-parlante. Pero mientras continúe como máximo crítico literario, lo más cercano a la verdad, sin contemplaciones, sin concesiones y, en ocasiones, como despellejando, entonces, no tanto por lo que dice como por la forma de decirlo, su camino de la Real Academia de la Lengua estará repleto de piedras, palos y derrumbes. Pero si algún día, contra todo cálculo de probabilidades, al señor Umbral se le elige como académico, entonces, muchos como yo, estaríamos muy contentos de que, al fin, se reconozca que un escritor que rompe moldes, que señala caminos, que es capaz de decir barbaridades sin contemplación alguna, que no respeta lo que la

APFU17-0027-19

mayor parte de la gente cree que debe respetarse, pero que sí es capaz de permanecer, firmemente, y casi hasta virilmente, respetándose a sí mismo, se le reconozcan, oficialmente, sus grandes conocimientos del idioma y su imponente y valiosa obra literaria.

Pero tal vez, algunos, con su voto, impedirán que Umbral ingrese a la Academia, solamente, porque lo consideran capaz de iniciar su discurso con palabras parecidas a las de aquel estudiante universitario norteamericano, un tanto rebelde, a quien su profesor le obligó a decir un discurso en nombre de los estudiantes, en el acto de apertura de las lecciones: "Damas y caballeros y el resto de malvivientes..."

Decía don Ramón Gómez de la Serna que lo que distingue a un madrileño de un catalán es su manera de meter las manos en los bolsillos. La elegancia, la personalidad, la distinción, como mirando tranquilamente al mundo porque no tiene ningún negocio entre ceja y ceja, parado en una esquina, distinguen al madrileño del catalán.

Y eso es lo que cabalmente marca la diferencia entre Umbral y todos los demás escritores contemporáneos, por su manera de meter las manos en los bolsillos de las palabras, de las cosas, de lo que diariamente sucede, de lo que ve, de lo que lo rodea, de su ciudad, de su país, de los que piensan y de los que nunca han pesado, pero que creen que se han pasado la vida pensando. Es una forma distinta de apreciar la realidad a través de un constante descubrir distintos brillos a las palabras pues, desde temprana edad, Umbral encontró,

APN17-0027-20

como Cela, que "la palabra es el reflejo de la vida, la sombra, la silueta de la vida" y que "debajo de cada palabra duerme una idea su sueño calenturiento".

Mayéutica es el arte de partear, de dar a luz, y fue palabra que usó Sócrates "para nombrar el arte con que el maestro, mediante su palabra, va alumbrando en el alma de su discípulo nociones que éste tenía ya en sí, sin él saberlo". Tal vez porque Umbral haya recogido la definición griega de literatura como "la expresión real de toda cultura superior", es por lo que podríamos acercarnos un tanto a su vital preocupación por encontrar esos distintos destellos a las palabras. Brillos que ellas tienen en sí, pero que no lo saben y que solamente un maestro de verdad es capaz de descubrir, de alumbrar en el alma de las palabras. De esta manera, leyendo a Umbral, nos enteramos que las palabras tienen algo más que el significado particular que fijan los académicos. El diccionario es apenas un punto de referencia, como la libertad que se encuentra aprisionada en las constituciones democráticas, o sea, lo mínimo. Lo demás es lo que podamos descifrar, interpretar, entresacar, de lo que cada palabra, cada ley, llevando adentro y lanzarlo hacia el futuro. El idioma, como la libertad, es la máxima expresión hacia el futuro. ¿Cuántas definiciones, cuánto concepto encerrado y sin descubrir tiene una palabra? Posiblemente tendríamos que aplicarle el término de infinito. Todos los que un escritor con sensibilidad pueda encontrarle, según el momento. Un paisaje no es lo que el escritor ve sino lo que siente que ve, y en la expresión de ese sentir, puede descubrir esa nueva dimensión que la palabra tenía en sí, pero que no lo sabía. Solamente en este sentido es posible admitir el término de maestro que

APFJ17_0027_21

se le da a Umbral. Maestro socrático de las palabras, que ha podido crear la mayéutica del idioma, de las palabras, encontrando constantemente nuevas definiciones, horizontes infinitos de expresión y belleza. Repiten los escritores con frecuencia los versos de Machado: "El ojo que tú ves no es ojo porque lo veas, es ojo porque te ve". De la misma manera, cuando un escritor como Umbral camina por los campos y describe un atardecer, el atardecer no es atardecer porque Umbral lo ve, es atardecer –y aquí está la magia de la literatura– porque el atardecer ve a Umbral. Lo ve, lo descubre y lo obliga a encontrar una verdad que la palabra atardecer llevaba dentro y que sólo, en ese momento, pudo descubrir. Que es cuando, de pronto, entendemos lo que quería decir atardecer. Efectivamente, el sueño que duerme debajo de cada palabra solamente puede ser descubierto cuando estemos en capacidad de invertir la escena y hacer que el atardecer nos pueda mirar y que por eso, y solamente por eso, es atardecer.

Repito lo que Víctor Hurtado Oviedo dice al respecto: "Umbral sorprende al lector porque antes ha sorprendido a la palabra... Paco Umbral ama tanto a la palabra, que le compra trajes nuevos y la saca a pasear por las calles del libro o del diario... Umbral redime la palabra (y nos redime) de las prosas de pie plano que andan por los libros de éxito marcando el paso blandengue de moda. Umbral siente y propaga la decencia del verbo".

Pero Umbral es un sabio del idioma, de las palabras, y entiende muy bien que no hay buen escritor sin la existencia de muchos otros que le hayan precedido, pero a condición de saber que no puede haber escritor verdadero si

APFJ17-0027-22

antes no aprendió el arte de robar. De Bécquer se decía que había plagiado –ideas, palabras– a Heine. Pero un buen crítico manifestó con razón que el pecado no está en robar, sino en ser inferior a quien se le roba. El robo, en literatura, se justifica por la superación, de lo contrario estamos solamente en la vulgar etapa del plagio. Paco Umbral lo dice muy bien: "sólo robando de otro se aprende a escribir, y por eso la literatura está entre los delitos comunes... El robo o el asesinato de otro autor es lo que puede nutrir de sangre y adjetivos toda una obra... Toda gran obra es un botín múltiple..." Umbral sin Gómez de la Serna, sin Valle Inclán, quizá hasta sin Cela, pero de seguro sin Quevedo, no pudo ser jamás. Cela dice que Umbral es quien lo sustituirá, algo así como su heredero literario. Tengo un poco de dudas sobre esta afirmación. En la difícil carrera por el primer lugar, creo que Cela y Umbral están empatados. Lo que sucede es que ambos marchan por senderos distintos. Uno, demasiado gallego; otro demasiado castellano. Y ambos, demasiado grandes.

Umbral anuncia que está escribiendo un libro sobre Rubén Darío, pero ya nos adelanta criterio en sus críticas literarias. Y sólo para traer aquí un párrafo de algo que podemos tildar como el verdadero arte de escribir, de ese descubrir nueva dimensión a las palabras, recojo lo que de Rubén ha dicho Umbral: "Indio con entorchados (casi se adivinan los pies descalzos por debajo del uniforme diplomático), 'negro' con alma de princesa cachonda y pianista ('negro' lo llama Valle Inclán, que tanto robó y plagió de él), cuaco idolizado, fabuloso derrumbe humano que iluminó Madrid, que habitó París. Impar como una ruina, precolombino y único, parisiense, madrileño, poeta sólo de la noche occidental. Rubén es el que mata a Campoamor, a Núñez de Arce, a los neoclásicos escayolados y a los últimos románticos de peluche. Rubén tiene esa cosa inaugural y festiva del que vuelve la esquina

APFU17_0027_23

de un siglo. Todo genio revolucionario, nuevo, todo el que entorna un siglo y abre otro (y no hablo del calendario) es el hombre que deserta de la realidad dada, que trae una realidad nueva, no sabe de dónde. Lleno de las abrumaciones de todo lo que ya le pesa en la espalda, atlante que carga con el mundo para instalarlo en alguna parte, Rubén se tambalea bajo el peso del universo venidero que se le ha subido a los hombros, y los madrileños y los críticos creen que se tambalea de whisky".

Sin embargo, hay críticas muy serias contra Umbral, sobre todo después de que le concedieron el Premio Príncipe de Asturias. El alboroto en la prensa española fue mayor y a Umbral le dijeron hasta de lo que se iba a morir, cosa que él ya lo sabía. Y de paso, su hermano Cela se llevó también su rapapolvo. Lo que algunos no entendieron es que Umbral estaba en su salsa, el escándalo bien podríamos tildarlo de "umbralista". Alguno le dijo que cómo iba a ser grande si todavía no había escrito un libro que lo distinguiera, como "Don Quijote" a Cervantes, como el "Fausto" a Goethe. Muy pocos pueden citar un título de Umbral, dijo uno de esos enemigos gratuitos que a cientos tiene Umbral. Pero es posible que Paco entienda que, en ocasiones, es bueno que la caballería salga a relinchar por las calles. ¿Qué libro en particular distingue a Balzac, ese otro gigante de la literatura francesa? Balzac escribió ochenta volúmenes, dejando sin terminar, sin escribir, cuarenta más. Dice Stefan Swieg que "si Balzac hubiera podido realizar, completos, sus planes, cerrar el círculo grandioso de los sucesos y las pasiones, su obra habría cobrado la proporción de lo inverosímil. Hubiera sido, por lo inasequible para el simple mortal, un monstruo, una voz de espanto, mientras que así –torso sin igual– es aguijón

APN7_0027_24

magnífico, grandeza ejemplar para cualquier voluntad creadora sedienta de lo inalcanzable".

¿Y qué podemos decir, ahora de Umbral, con casi cien tomos publicados y, posiblemente, con otros cincuenta en notas, por escribir? No conozco cuál es el plan monumental de Umbral, pero pienso que ojalá no lo llegue a realizar, que quede incompleto, que no pueda cerrar ese círculo grandioso de los sucesos y las pasiones, que se mantenga como simple mortal, que no llegue a lo monstruoso e inverosímil, para que sea ejemplo de todo espíritu sediento de inmensidades.

Pero esta interrupción se dará, pienso, cuando cansada, abatida, despatarrada, en protesta clara de vejez, deje de funcionar su pequeña máquina Olivetti, con la cual ha escrito toda su obra monumental. Porque Paco, con otra máquina, no podrá escribir jamás.

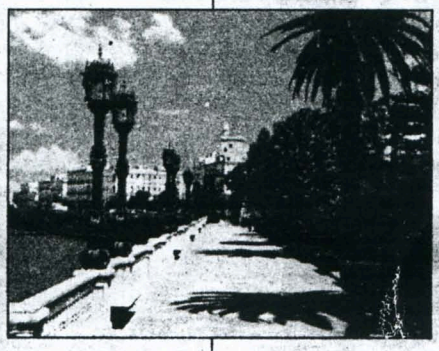
APNJ7_0027_25

Foro

Cádiz otra vez

Para mí, regresar a España es volver a un viejo refugio espiritual que construí hace 47 años recorriendo pueblos castellanos y andaluces. De esta manera, volver es recoger. Pero de España, Andalucía; y de esta, Cádiz, la encantadora y milenaria ciudad, blanca, limpia y resplandeciente, como una tacita de plata, según la conocida frase feliz.

Durante 3 mil años, Cádiz pudo mantenerse íntima, acogedora, rodeada totalmente de mar y protegida por dos muros: el de Puerta de Tierra y el que se opone al mar. Sus fundadores, los fenicios, la bautizaron Gadir, que quiere decir la fortaleza; y de Gadir, Gades y de Gades, Cádiz. Tres mil años de historia que no los tiene ni siquiera Roma, ciudad que fue fundada, según los antiguos romanos, el 21 de abril del año 753 a. de C. O sea, que cuando Rómulo fijó los célebres límites de la naciente ciudad, ya Gadir tenía casi tres siglos de floreciente vida comercial.



Ahora los gaditanos se saltaron los muros y construyeron otra ciudad en el exterior. La que está fuera es una ciudad moderna, con edificios de 12 pisos y una creciente población que recorre sus mercados, plazas y amplias calles, olvidándose completamente de la antigua y casi abandonada ciudad.

En esta ocasión, otra vez, como decenas de veces anteriormente, atravesé la Plaza del Ayuntamiento —todavía con coches de caballos estacionados esperando a despistados turistas— y ascendí por la calle de San Francisco hasta llegar a la de Columela, y de allí, por angostas callejuelas, hasta encontrar la alameda de Apodaca. ¿Para mirar al mar? Sí, solamente para mirar al mar.

El mar de Cádiz es distinto a todos los mares del mundo, porque siendo Atlántico, no deja de ser Mediterráneo y, en esa confluencia, se convierte en el más universal de los mares. Uno piensa que allí, desde el muro que da al mar, de repente se puede apreciar la nave fenicia cargada de mercaderías, o la griega, repleta de razones filosóficas, o la romana, con la Ley de las Doce Tablas esculpida en la proa o, en fin, la Santa María, con Cristóbal Colón, en su puente, soñando inmensidades.

Cádiz es así como el principio y la síntesis de todo lo que representa la civilización occidental. La bella y antigua Gadir.

De regreso, recorro siempre la ciudad en autobús, porque su ruta va por el litoral. Entonces se pueden apreciar las plazas y los edificios y las gentes... y también el mar. Pero esta vez me ha sucedido algo que no me lo esperaba. El autobús no tenía un solo sitio desocupado pero, al entrar, de pronto, una linda joven se levantó y me dijo: "Tome usted mi asiento, señor". Pocas veces, en mi vida, me había quedado tan paralizado. Uno va envejeciendo y, si tiene más o menos buena salud, como que no se entera del paso del tiempo. Yo llego a Cádiz y me parece que tengo 25 años; río, camino rápido, entro a las tascas y tomo mis buenos chatos de vino con tapa de jamón. Creo que soy joven porque así me siento. Pero, por una cruel cortesía, una linda muchacha me mira y me hace saber que soy un anciano a quien hay que cederle, obligatoriamente, el asiento del autobús. Fue como si me hubieran desnudado en medio de la multitud. Alguien, una bella joven, descubrió mi intimidad.

Cuando llegué a casa de Loli, mi cuñada, la que casó con Monchiño, un gallego pescador que va todas las tardes a la playa, desde que se jubiló, tratando de encontrar algún cardumen que otros no pudieron ver. Monchiño sueña con barcos cargados de meros, cigalas y merluzas y con mares embravecidos que puede domar. Allí, en la casa de Loli, entré al baño, me miré al espejo, y me dije: ¡Qué va, aquella joven se equivocó! ¿Viejo yo? ¡Jamás! ¿Cómo voy a ser viejo si todavía tiemblo de emoción cuando mi esposa, gaditana, me vuelve a ver con cariñosa mirada trimilenaria?

Entonces grité: Monchiño, vámonos al bar de abajo con todos, cuñados, sobrinos, tíos, nietos y bisnietos. Bajamos las escaleras del edificio en alegre gritería y, ya en el bar-restaurante, pedimos una inmensa paella con 20 botellas del mejor vino andaluz. Y eso solo lo hacen los jóvenes. Lo viejos no, porque se entumecen.

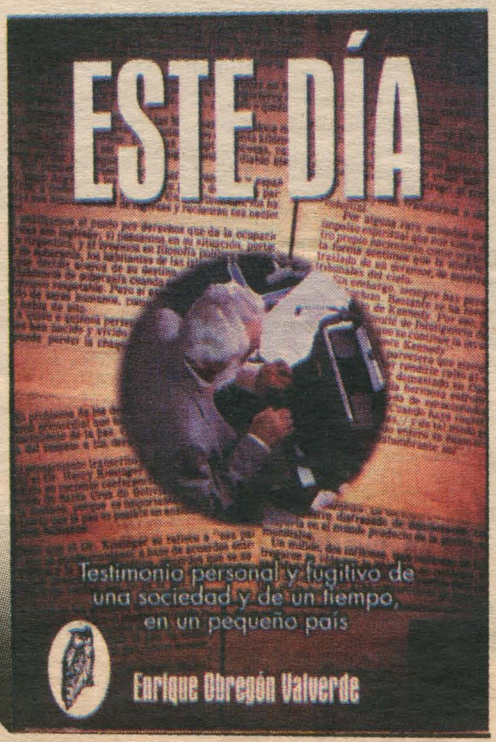
Gadir, Gades, Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, en donde 75 años apenas son un pequeño suspiro de primera juventud.

ENRIQUE OBREGON VALVERDE

APNJ7_0024_26

Todo periódico muere al anochecer

Fragmento del discurso de Enrique Obregón en el acto de presentación de su libro, el 25 de enero pasado



Este día. Testimonio personal y fugitivo...

Enrique Obregón Valverde. Editorial Juricentro.

libros

Este es un libro especial que recoge artículos que escribí diariamente, entre reuniones convocadas por el director, conversaciones con visitantes y el chiste inoportuno que el compañero de trabajo siempre quiere contar.

Muchos de estos artículos tienen ese sello de angustia, de desesperación, de escribir sin saber casi lo que se está escribiendo. No he retocado nada; ningún artículo ha sido reescrito. Los reproduzco exactamente como fueron publicados, con sus defectos, la emoción del momento y esa alegría anticipada de saber que, al día siguiente, aparecerán en el periódico.

El articulista tiene pasión, pero también vanidad. Al atardecer, al regresar a su casa con el periódico bajo el brazo, se va preguntando: ¿cuántas personas me habrán leído hoy? Pero también sabe que el artículo de la prensa tiene los minutos contados, como el periódico en general. Todo periódico muere al anochecer. Y con él, las ilusiones, la pasión y la vanidad de un día, para renacer al día siguiente. Y esa es como la gran verdad de la prensa: una ilusión que se marchita al oscurecer y una ilusión que renace, muy temprano, con los primeros rayos del sol. Más que el periodista profesional, el articulista de prensa es un iluso, propenso a un pequeño sueño, a vivir una realidad que pareciera ser el producto de un engaño de sus sentidos, aun cuando sabe que sus artículos, como ciertas partículas que nacen en la estratosfera y que viajan a grandes velocidades por los rayos cósmicos, están destinados a morir casi de inmediato después de haber nacido.

En Costa Rica los periódicos, cadáveres ya, se usaron en otras épocas para empapelar las casas de los pobres, entre otras razones, para evitar el paso del viento por las rendijas. De esta manera, revivieron algunos artículos ante la posibilidad de que alguien los pudiera leer mucho tiempo después. Que es cuando el artículo pasó a calidad de mural. Y ahora, que usan el periódico para reciclar, no todo está perdido para los periódicos muertos. Por esta razón del reciclaje, algunas personas, pobres de solemnidad, obtienen algunos centavitos recogiendo y vendiendo periódicos. Aunque tengo mis dudas de si un periódico, al día siguiente de editado, continúa siendo periódico o pasa a categoría de simple papel impreso.

Por mi calle pasan, lunes y viernes, un hombre delgado, medio enfermo, con un carretón destartalado, y dos pequeños niños, sus hijos, que le ayudan a recoger periódicos en las casas y a empujar el carro. Ha nacido una amistad con este grupo familiar. A los niños, además de los periódicos, mi esposa les da un trozo de pan con mantequilla o jalea y un vaso de leche. Es que están muy flaquitos, dice con cierta ternura. Pero en una ocasión comenzó a crecer la pirámide de periódicos y el hombre con sus hijos no aparecían. Cuando llegaron de nuevo, muchos días después, respondió el padre a mi pregunta: es que se me quebró una rueda y no tenía dinero para comprar otra. Un vecino mío me alquilaba una, pero tenía que pagarle trescientos colones diarios por adelantado. Hasta ahora, que un amigo me la presta y hemos hecho el siguiente contrato: él usa la rueda los martes y los jueves y yo los lunes y los viernes. El problema es que la rueda es más grande que la otra y por eso el carro anda medio torcido. Cuando veo salir de mi casa a los niños, con el fajo de periódicos al hombro, pienso en los artículos que van a su nuevo destino del reciclaje y que ahora se venden, no como periódicos a un precio determinado la unidad, sino como peso, a tantos colones el kilo. Como a los muertos de verdad, a la hora del entierro, todos valen igual. En el carro inclinado de mi amigo, carroza funeraria de grandes inquietudes y pequeñas esperanzas, las noticias y los artículos comienzan a dormir un sueño eterno. Un hombre cargado de necesidades los conduce, y dos niños delgaduchos y tristones, forman un séquito mortuorio, dos niños que no van a la escuela los lunes y los viernes porque tienen que ayudar a su padre en un trabajo que apenas les da para medio comer. De alguna manera los envidio; pienso que me gustaría ser el recolector oficial de todos los periódicos muertos del mundo, con la esperanza de que así no irían a perder la fe, el entusiasmo, la pasión y la energía del duro batallar que tuvieron durante su único día de vida.

El pulso de una sociedad es la prosa, dice Francisco Umbral; pero yo agregaría la prosa de la prensa. Y de la prensa, posiblemente, el artículo; lo otro es solo información, que no toma temperaturas pero que las provoca. Y en medio de todo, el periodista de verdad, que en nuestras sociedades contemporáneas se presenta como un combatiente solo, por lo general frente a la disyuntiva del interés particular y su propia conciencia, pero con esa permanente indignación ante las injusticias, como lo ha dicho muy bien la periodista Montserrat Solano. Tal vez, como lo decíamos en el primer editorial de *Excelsior*, la tarea que impone la historia a los hombres -sobre todo a los periodistas- es ayudar a constituir la inteligencia, el honor y la conciencia de nuestra época.